

ciones formales, pero carece de »interioridad«. La franqueza y la cordialidad hispana de trato son rasgos que distinguen esta amistad muy favorablemente. Otra cosa es la llamada »amistad política« de la que no siempre se fían los mismos políticos, sobre todo, los que se vuelven contra sus antiguos amigos. Conviene explicar que el término »amigo« se usa corrientemente en Hispanoamérica, sin que no siempre corresponda a su sentido verdadero. En muchos casos se trata simplemente de »conocidos« más bien que de »amigos«, pero como la lengua castellana es muy flexible, es una de tantas extravagancias semánticas. La vida hispanoamericana, rica en valores humanos, desde luego, no siempre está cubierta de rosas. No faltan, pues, traición, corrupción y desfalcos, alternados entre la mojigatería de los países mestizos y la llamada »viveza« de los países criollos.

En Angloamérica la conducta colectiva está sujeta a varias presiones sociales, que se desprenden del acelerado tiempo de su vida y de la rigidez que acompaña el veloz ritmo de su civilización. Como todo aquí se mueve sobre ruedas o se pone en marcha mediante botones automáticos, la convivencia estadounidense es completamente alejada de la placidez social hispanoamericana. Su tono predominante es la nerviosidad asociada a una prisa notoria. El modo de vivir estadounidense, por haberse establecido al ritmo de opulencia y progreso mecánico, se manifiesta en la constante demanda de facilidades técnicas, tanto domésticas como ocupacionales. Tales circunstancias acrecientan las exigencias y búsqueda de nuevas prerrogativas, lo cual influye en el recrudescimiento de ciertos modales, atrevidos e impacientes. Causan también inevitables conflictos psicológicos y choque de personalidades. Un ejemplo típico de la preocupación yanqui es su constante observar el reloj y el tiempo designado para cada actividad cotidiana.

La vida estadounidense parece a los extranjeros como si los yanquis no tuvieran tiempo para gozarla, en lo cual hay mucha verdad. Lo cierto es que los angloamericanos gozan tanto de su trabajo como de su poco pasatiempo. Lo malo es que nunca les sobra tiempo para más diversión, mientras que su abundancia es visible en otras sociedades. Es una postura colectiva, cuya mejor ilustración es el reducido número de fiestas en los Estados Unidos, frente a la impresionante cantidad de festividades hispanoamericanas. Sin embargo, la vida de la familia angloamericana sufre del exceso ocupacional, sobre todo, cuando además del padre, también trabaja la madre. Entonces los hijos se crían sin la supervisión paternal, lo cual raramente ocurre en Hispanoamérica. Se debilitan, así, los lazos de la intimidad familiar estadounidense, en contraste a los fuertes lazos hispanoamericanos. Por eso, el respeto de los hijos otorgado a sus mayores es más débil en los Estados Unidos que en Hispanoamérica. El convencionalismo angloamericano no está exento de hipocresía y malversaciones, que persiguen tanto su vida comercial como pública, sin ex-

ceptuar las actividades ocupacionales y políticas. Conviene notar, sin embargo, que los asuntos políticos no traen tanto la atención angloamericana como la hispanoamericana. El »ardor« político yanqui ocurre principalmente durante el período de las elecciones presidenciales y se apaga después. En cambio, la politización de la vida hispanoamericana es permanente, girando alrededor del *personalismo* o sea el culto al personaje escogido para el liderazgo político.

Otras disparidades sociales entre las dos Américas se expresan en sus diversos modos de vida y diversión.

Muchas familias hispanoamericanas, merced al tradicionalismo social, ocupan el mismo solar por mucho tiempo. Llevan allí su vida sedentaria, compartiéndola a la vez dos y, a veces, tres generaciones del mismo »clan«. Los moradores de una casa burguesa media son, por lo general, bastante numerosos. La convivencia se lleva a cabo a base de mutuo respeto. Como prevalece la gente de edad mayor, no falta cuidado a los niños. Las criadas cocinan, mantienen limpieza y sirven a todos. Aparte de las funciones normales, en este seno familiar se efectúan fiestas y tertulias, casi siempre con varios invitados, dentro de un espíritu de cordialidad. Allí los hijos estrechan la amistad con sus compañeros y compañeras, y los padres prefieren tales encuentros más que las citas fuera de su casa. Quizá algunos jóvenes, merced a tales procedimientos están algo mimados, pero este acercamiento social se desenvuelve dentro de una forma de respeto y decencia. El ritmo acelerado de la vida granurbana, desde luego, transforma sus modales, haciéndolos más »modernos«.

La familia hispanoamericana media posee el televisor, pero asiste de vez en cuando a los conciertos y a las tradicionales corridas de toros, pero de popularidad especial goza el cine. Las señoras-amas ocupadas con algunos programas de acción social, se reúnen a veces en el centro y meriendan allí con sus amigas. Los cafés en Hispanoamérica, a semejanza de los de España, sirven de pasatiempo y como sitios de reuniones bohemias, principalmente, a los hombres. Estos, no raras veces, se dedican a la placentera vida nocturna en los cabarets, sin estar acompañados de sus esposas. Además de su propio hogar, no pocos hombres pudientes sostienen la »casa chica«, que les proporciona placeres extramatrimoniales. Sin embargo, las mencionadas circunstancias no parecen perjudicar seriamente la vida familiar, al juzgarla por el insignificante número de divorcios. Los que ocurren todavía causan un escándalo social. El divorcio como tal, por lo general, se considera un estigma en el ambiente católico hispanoamericano, sirviendo así de freno para una posible crisis social.

La familia angloamericana, generalmente, más pequeña que la hispana, ocupa una casa para su uso exclusivo. Raramente viven con ella sus parientes. Debido a su movilidad ocupacional, la familia media yanqui no raras veces

muda su vivienda y, merced a ello, sus hijos asisten a las escuelas en varios sitios. Esto debilita el sentido «localista» de no pocos norteamericanos, compensándose con una variedad ambiental. La vida de la familia estadounidense es bastante convencional, basándose su convencionalismo en los modos de vivir y actuar generalmente aceptados. No produce una atmósfera íntima de tipo hispano, pero tampoco priva de cordialidad familiar. El rigor ocupacional yanqui hace su vida esquemática y funcional, pero también le proporciona todos los ingredientes de una dinámica social, que es capaz de satisfacer sus ambiciones individuales. Empero, cuando los dos padres trabajan fuera de la casa, a los hijos se les deja demasiada libertad; ello es de dudoso valor en el desarrollo de su conducta, aunque les provee de cierto sentido de independencia individual.

El servicio doméstico en los Estados Unidos es caro. Por eso, del manejo de la casa se ocupa la esposa, que para tal fin tiene varias comodidades técnicas; en su tarea le ayuda, a veces, su marido. Las fiestas que se celebran en la casa estadounidense son pocas y su atmósfera es relativamente formal. Los centros adicionales de las actividades sociales son los «clubs», «drug stores» y el cine, que hace tiempo alejaron a los yanquis de sus hogares. Contribuye a tal alejamiento la facilidad de tener automóvil. En las últimas décadas, facilitan en el acercamiento familiar los programas de televisión, ahora un pasatiempo de gran popularidad. En algunas ocasiones los esposos van juntos a los juegos de fútbol, los restaurantes, los teatros y los cabarets o visitan a sus amigos, divirtiéndose mutuamente. Pero como no todo es miel, no faltan descontentos matrimoniales serios, que son causados por la neurosis o por la superambición de uno de los cónyuges. Terminan en divorcios, cuyo porcentaje es muy alto. Conviene decir, sin embargo, que estar divorciado, en la mayoría de casos, no constituye un estigma social en los Estados Unidos. El creciente uso de los narcóticos entre los jóvenes causa también mucha preocupación social estadounidense.

¿Cuáles son los patrones de conducta de la familia, que hacen tan diferente una América de la otra, en cuanto el problema femenino?

De acuerdo con el concepto de *patriarcado*, arraigado tanto en la tradición hispánica como en la del indígena americano, la vida del mundo hispanoamericano se resuelve alrededor del hombre. El es cabeza de la familia y depositario de toda autoridad en su hogar. Cualquier transgresión de esas prerrogativas tradicionales sería equivalente a borrar el significado de «hombría» del conjunto de la idiosincrasia hispana. Tal estado legal-costumbrista le deja decisiones indisputables en todo, incluyendo la moralidad la cual, a veces, el mismo ofende. El hispanoamericano ejerce su autoridad sin preocuparse demasiado de los sentimientos de su esposa, la cual es más sumisa que la mujer angloamericana. Sin embargo, cualquiera que sea su papel, es ella la que

mantiene la unión de la familia, debido a su abnegación y fortaleza moral. Es inteligente, pero quizá no tan ambiciosa como la mujer del Norte. Por no haberse inmiscuido tanto en los oficios típicamente masculinos como sus coetáneas yanquis, las damas hispanoamericanas han sabido conservar el encanto de su feminidad en una forma muy genuina.

Los angloamericanos también heredaron el concepto de la preponderancia del «sexo fuerte» de sus progenitores insulares. Sin embargo, durante el empuje colonizador hacia el oeste de los Estados Unidos (mediados del siglo XIX), la mujer yanqui se encontró en una situación protectora. La exigía la necesidad de ampararse de la violencia fronteriza. Tal condición se cambió aún más a su favor en la época contemporánea, cuando ella ganó la igualdad de derechos. Esta circunstancia, así como su activa participación en la vida socioeconómica, aseguró a las mujeres estadounidenses una posición decisivamente privilegiada sobre las mujeres hispanoamericanas. De ahí en adelante empieza a desarrollarse una especie de *matriarcado* o por lo menos piensan instituirlo las damas angloamericanas. La ingerencia de las mujeres yanquis en varios campos de vida es agresiva e inteligente. Según parece, su influencia e imposición sobre los hombres se manifiesta tanto en su vida privada como en las empresas que ellos acometen; posiblemente, también, en el compromiso de sus principios. Por eso, el yanqui es menos autócrata que el hispanoamericano, sin dejar de ser cabeza de la familia. Aunque las decisiones finales en muchos asuntos se encuentran en las manos masculinas, la relativa independencia femenina deja su huella sobre el ambiente angloamericano, con todas sus virtudes y defectos morales.

Distintas también son las costumbres del noviazgo en las dos sociedades. En los países hispanoamericanos todavía prevalece el deber de acompañar a las señoritas durante la cita para asegurarles la dignidad y el decoro. Eso impone restricciones de demasiada intimidad, las cuales refrenan las posibilidades de los abusos pasionales, con lo que se evitan varias complicaciones. En el ambiente angloamericano, una vez presentado el galán a la familia de la señorita, los padres de ella con frecuencia les dejan salir juntos. Según la creencia nortea, eso estimula a los jóvenes a acostumbrarse a las realidades de la vida, sin abusar de la mutua confianza de los sexos. Otro asunto es el famoso *piropeo*, una supervivencia costumbrista peninsular. Es una galantería verbal latina hacia las señoritas, a quienes gusta tal forma de cortesía. Aunque a los jóvenes angloamericanos no les falta de todo la etiqueta en su cortejo, ésta es más sencilla y quizá menos impresionante. Es una etiqueta simplificada. Estos fenómenos se explican, por un lado, por la extraversion hispanoamericana, y por el otro, por la introversión angloamericana.

Conviene mencionar que como resultado de la revolución social angloamericana de las últimas décadas, tuvo lugar también una *revolución moral*. Se

expresa en el cambio de costumbres y valores morales, y es resultado de la creciente prosperidad, movilidad social y la avanzada situación legal de la mujer. Todos estos factores han contribuido al relajamiento del antiguo código del comportamiento moral. Se lo ha sustituido con un nuevo concepto de casi ilimitada libertad individual, que afecta también las costumbres sexuales. El antiguo, »doble« *standard* de moralidad que requería la castidad de la mujer y no la del hombre, parece ahora cada vez más una costumbre caduca, lo cual difícilmente pueden combatir aún las doctrinas religiosas. La estrecha relación entre la accesibilidad del automóvil, la emancipación femenina y la disponibilidad de contraceptivos, cambiaron considerablemente la moralidad sexual. Sus efectos son dobles. Se nota un ininterrumpido brote de matrimonios jóvenes de menos de veinte años y, a la vez, un alto grado de divorcio causados por la insuficiente preparación de muchos para una vida normalizada. En tanto, las consecuencias del libertinaje se manifiestan en el creciente número de abortos. En los Estados Unidos se practican, principalmente, por conveniencias sociales, ya que facilitan a las jóvenes seguir su carrera ocupacional. Mientras tanto, en Hispanoamérica son, mayormente causados por la pobreza, ya que muchas familias no son capaces de sostener a demasiados hijos.

La vitalidad reproductora siempre ha existido en el Nuevo Mundo y a ella se debe la reciente »explosión« de la población latinoamericana, la más alta del mundo (ca.3%). En los Estados Unidos el incremento demográfico es más moderado (1.3%) y fue regularizado en el pasado por la represión erótica del tradicionalismo puritano.* Tal represión ha sido recientemente sustituida por la obsesión de la presente generación estadounidense por el sexo, la cual P. Sorokin y otros llaman *revolución sexual*. Hay que entenderla como un estado psicológico que motiva este libre albedrío más bien que una tendencia por aumentar la tasa del crecimiento demográfico. No es un fenómeno restringido a los Estados Unidos, porque desde la II Guerra Mundial se lo nota también en varios países de Europa, aunque con más discreción. Sin embargo, lo novedoso es que los problemas sexuales se discuten y estudian abiertamente en los Estados Unidos, mientras que en los países europeos e Hispanoamericanos casi hasta hace poco se los consideraba como una cosa *tabú* y, por eso, se vacilaba exponerlos públicamente. El ambiente hispano frenaba tales problemas para no ofender al buen gusto y los sentimientos religiosos, aun cuando su actitud no necesariamente careciese de mojigatería moral. En tanto, la falta de la discreción angloamericana, aunque sin motivaciones ulteriores, dudosamente contribuye a mantener el pudor público.

* Según las estadísticas oficiales, el incremento demográfico durante el período 1965-1970 fue el siguiente: Estados Unidos 1.3%, Canadá 1.9%, Latinoamérica (promedio) 2.9%, México y Centroamérica 3.2% y Sudamérica (promedio) 2.7%.

Interesantes aspectos de la conducta colectiva ofrecen los deportes, cultivados intensamente en las dos Américas.

Entre los juegos estadounidenses, el *beisbol* (baseball) es el que goza de mayor popularidad, siendo miles el número de sus equipos. Algunos de ellos organizados en »ligas nacionales«, compiten en campeonatos anuales y sus juegos son seguidos por el público con gran atención. La juventud yanqui conoce los nombres de los beisbolistas notables de memoria y se emociona con sus logros deportivos, considerándolos como una especie de héroes nacionales. En tal respecto hay mucha exaltación que linda con una mística colectiva. Se expresa también en el hecho de que algunos jóvenes por haberse distinguido en este deporte, se consideran como si poseyeran una cualidad personal superior; como tales, gozan de admiración social. Otros deportes favoritos yanquis son el boxeo, las carreras de caballos y el tenis. Las ambiciones estadounidenses en romper *récords* deportivos acusan cierta semejanza a las que ostentan en otros campos de vida.

Los hispanoamericanos, a su vez, muestran gran entusiasmo hacia la *corrida de toros*, tradicionalmente cultivada en México, Colombia, Venezuela, Perú, y ocasionalmente, en otros países. De origen español, la corrida es una fiesta deportiva de carácter popular. Durante ella el entusiasmo frenético llega a su culminación cuando el torero logra matar al toro. Los toreros, debido a su pericia y bravura personal, llegan a ser ídolos nacionales. Desde hace mucho tiempo de gran popularidad latinoamericana gozan también deportes como el fútbol (soccer), el boxeo y las carreras de caballos. Los juegos de conocidos equipos futbolistas están seguidos con gran emoción, sobre todo, sus encuentros internacionales. Las victorias de estos equipos son casi equivalentes a los triunfos nacionales y son celebradas de una manera espontánea. El emocionalismo latino en tales casos se convierte en una mística deportiva.

Otros aspectos de la conducta colectiva se manifiestan a través de unos rasgos típicos, encontrados en cada ambiente americano.

La atmósfera apacible es quizá una de las características sobresalientes de la vida hispanoamericana. Se la mantiene instintivamente y por tradición. Sus causas incentivas son el rico calendario de aniversarios y otras ocasiones, así como el ya mencionado *compadrazgo* con sus obligaciones sociales. Es algo que no encuentra nada semejante en el ambiente angloamericano. La propensión hispana hacia el cultivo de tan estrechas relaciones se basa no sólo en los lazos de camaradería y amistad, sino también y, sobre todo, en el gozo individual de vivir de la manera más agradable posible. Es una postura psicológica que constituye un estilo de vida en sí mismo, con el fin de evitar cuantas incomodidades puedan. Por eso, a veces, el ambiente hispano parece como si lindase con la divina disociación de la realidad, que pudiera nublarlo con cosas imprevistas. Para protegerse de tales posibilidades, el hispanoame-

ricano prefiere gozar de «hoy», porque «mañana» podría infligirle algún disgusto inesperado. Además, lo favorece la relativa lentitud de la marcha de los acontecimientos al compararlos con el rápido ritmo norteamericano.

Debido a estas circunstancias, el individuo hispano asume una actitud de espera, que a menudo se transforma en pasividad, especialmente, en cuanto a las decisiones que tiene que tomar. Otra característica es la *ceremoniosidad hispana*, que llena al individuo con aparente satisfacción. Hay quienes la llaman actitud formal, pero parece que excede la cortesía corriente. Cierta aspecto de la formalidad lo constituye el «papeleo», que consiste en la lenta manipulación burocrática de los asuntos, pertenecientes a la competencia de una oficina gubernamental o un despacho comercial. La apacibilidad general hispana tiene sus raíces en su civilización, que posee muchas facetas de serenidad y comprensión humana. Tal «textura» psíquica favorece una actitud contemplativa y no presiona a nadie a una acción inmediata, a menos que ésta sea provocada por el temperamento o por la urgencia de algunos asuntos instantáneos. Todos estos factores no exceptúan que el hispanoamericano tenga que luchar por la vida como cualquier ser humano, enfrentándose con muchas contrariedades.

Contrario a la relativa relajación hispana, la atmósfera angloamericana es generalmente nerviosa. Esta nerviosidad se desprende de las actividades aceleradas, cuyo anhelo nacional es lograr nuevos «récords» en varios campos de la vida. Es un ritmo parecido al de un reloj, cuya marcha ininterrumpida está simbolizada en el funcionalismo coordinado de varios sectores del pueblo estadounidense. En este esfuerzo global el del individuo cualquiera está subordinado a las reglas de una tecnología elaborada y a sus implicaciones sociales. Es, pues, un proceso en que casi cada persona está forzada a una competencia y, por medio de ella, trata de igualarse con los demás competidores. Participa, así en la llamada «carrera del dólar», acomodando a ella sus ambiciones. Parece que la influye tanto la mística del trabajo como las motivaciones pecuniarias. Las complejidades de la vida moderna hacen del angloamericano medio víctima del funcionalismo ambiental, aunque no le privan de su independencia para tomar decisiones. Son consecuencias del rigorismo de la civilización angloamericana que estimula la creatividad, es exigente, pero también recompensadora.

Tales condiciones pocas veces conducen a un estrechamiento más íntimo de las relaciones sociales yanquis, pero no las excluyen. En general, son relaciones que ostentan rasgos de convencionalismo. Desde luego, hay grupos de afición e intereses afines, que cultivan amistad dentro de sus propios círculos profesionales. Los patrones de su conducta son algo distintos de los de los angloamericanos medios. Estos viven en una monotonía burguesa dentro de su seno familiar, que es dominado por las costumbres ambientales con varios

grados de rigidez. No faltan en él, desde luego, ni las penas ni las alegrías de una familia cualquiera. El vigor yanqui facilita su movilidad socio-económica, que se une al sentido igualitario y la dignidad humana, rasgos ostentados tanto por las mayorías como las minorías éticas estadounidenses. La tendencia de igualarse no tiene nada de utópico, ya que desprende del sistema democrático. Mucho énfasis se pone sobre la capacidad de la juventud, que goza de un tratamiento privilegiado. También se discute el «abismo» entre las generaciones, llamado «generation gap», cuya esencia es la discrepancia de criterios. Muy activos son los grupos de presión llamados «pressure groups», que ejercen influencia sobre el poder ejecutivo, legislativo y comunal, con el propósito de conseguir nuevas prerrogativas ciudadanas. En general, los angloamericanos luchan por sus privilegios más celosamente que otras naciones.

En resumen, la disparidad en la conducta social entre las dos Américas presenta, en términos generales, el siguiente cuadro. Muchos aspectos tradicionales del comportamiento de Hispanoamérica parecen todavía atarla con su pasado, pero ya se vislumbran esfuerzos de renovación mental. En tanto, los cambiantes rasgos colectivos de Angloamérica muestran un interés obsesivo por su futuro. Se lo ve a través de una mentalidad evolucionaria que cada vez más adquiere un ritmo revolucionario, en el sentido social y no político.

Las disparidades de la conducta social dependen, en no poco grado, del factor ecológico-humano. La creciente urbanización de Hispanoamérica es consecuencia del constante flujo de la población rural a las ciudades. Sus nuevos núcleos se establecen en los suburbios, transformándolos en barriadas pobres y empujando los sectores residenciales ciudad adentro. Es un proceso difícil para la adaptación campesina a la compleja vida granurbana, llevando rasgos de su desajuste social. En los Estados Unidos, el movimiento de semejante migración se dirige, al contrario, a los centros urbanos y causa a sus moradores pudientes marcharse a los suburbios. En estas nuevas comunidades suburbanas, con su opulencia, se nota un visible exclusivismo social, semejante al de la acaudalada clase hispanoamericana. A tal fenómeno estadounidense solemos llamar *civilización de suburbios*, que contrasta con los modales medios de la antigua burguesía o los algo rústicos del «nuevo» elemento migratorio. Tales circunstancias no contribuyen, desde luego, a la uniformidad ambiental, tampoco a la «estandarización» social.

Por fin, unas palabras sobre algunos modales de cada grupo novomundano, que se reflejan en los contactos interamericanos.

La amabilidad de trato y la ceremoniosidad, alrededor de las cuales giran las relaciones sociales y públicas en Hispanoamérica, se convirtieron en sus modales tradicionales. En cambio, la firmeza de propósitos y el apresuramiento en llevarlos a cabo, empujan a los angloamericanos a una conducta

si bien correcta demasiado »realista«, que a veces es tildada de frialdad comercial. Son resultados de la diferencia temperamental y causan una visible *disparidad psicológica*. Se la nota, sobre todo, en las negociaciones de los dos grupos, evidenciándose en sus procedimientos. Los yanquis, debido a su postura pragmática, están exentos del conceptismo metafísico y ambiciones oratorias, cuya validez es favorecida por los hispanoamericanos. Tal circunstancia explica el por qué los hispanos están a menudo envueltos en prolongadas reflexiones y consultas, que no pocas veces nublan o alteran el curso de las negociaciones. Los angloamericanos son flexibles, pero firmes y expresan sus opiniones directamente, sin »echar flores«, lo cual posiblemente dé la impresión de que sus modales son algo bruscos. En tanto, el lustre ciceroniano y el enredo en el problematismo de los hispanoamericanos, aunque muy efecticistas, producen a veces sensación de una vaguedad quiijotesca.

55827

